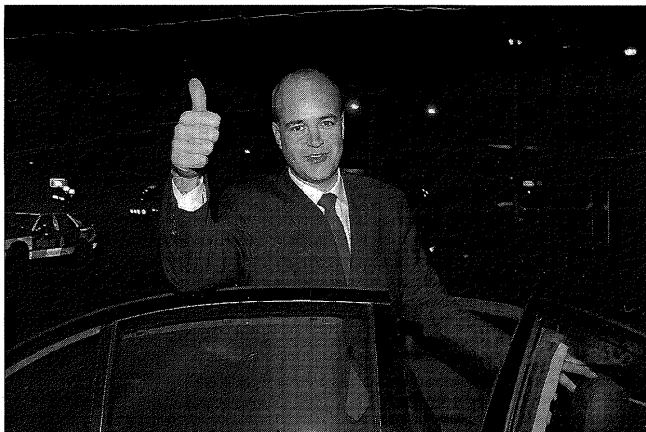


## ANÁLISIS DE ACTUALIDAD

## AHORA MISMO



El líder del partido moderado sueco, Fredrik Reinfeldt, proclama su victoria en las urnas. / Efe

## Suecia despierta

Julio Pomés  
Director del 'think tank' Institución Futuro

El pasado domingo, los electores suecos se pronunciaron por la racionalización del Estado de Bienestar y a favor de una modesta reforma liberalizadora. Tres de las causas de este quiebro electoral fueron la preocupación por el desempleo, darse cuenta de que sus servicios públicos tienen un coste insostenible y el deseo de una mayor libertad para escoger su protección social. En el fondo, existe la percepción de que se puede mejorar la calidad de vida si hay alternativas a la acción estatal.

Pero no nos confundamos; muy pocos están dispuestos a asumir el riesgo de disminuir fuertemente la garantía de su calidad de vida por la mayor libertad económica que proporciona una menor tributación. Tal como opina la mayoría de la prensa alemana, quizá la mejor tribuna para analizar Suecia, el Estado de Bienestar es incuestionable para la mayoría de los suecos.

Suecia ha tenido durante tantos años este férreo proteccionismo estatal por el acuerdo de Slatsjöbaden firmado en 1938 entre la central obrera y la asociación de patronos. Este convenio supuso que los ciudadanos cedieran al Estado bastantes capacidades de decisión individuales y colectivas. A cambio, el Estado se comprometía a garantizar la seguridad, interviniendo el mercado de trabajo para asegurar la plena ocupación. Los suecos no lo tienen fácil para cambiar de mentalidad tras sesenta y ocho años de control estatal.

## Seguridad con coste elevado

El precio que han tenido que pagar estos nórdicos ha sido un intervencionismo estatal absoluto, hasta el punto de que todo bienestar provenía de la Administración, y la asistencia que proporcionaba era idéntica para todos. Lo que antaño fue un sistema admirado de protección total, hoy ha degenerado en abusos de muchos desaprensivos que se aprovechan del generoso Estado benefactor. El sistema sueco no se sostiene en el largo plazo, teniendo en cuenta que si sumamos a los parados, los prejubilados y los que tienen concedida la invalidez, la tasa de ociosidad sueca supera el veinte por ciento.

El Estado de Bienestar sueco ha aguantado

hasta ahora por la alta presión fiscal, sumada a un espíritu de sacrificio de los ciudadanos, dispuestos a supeditar su riqueza personal a la prosperidad del sistema. Las nuevas generaciones comienzan a no compartir esta filosofía y prima la prosperidad individual. Hoy crece el número de suecos que recela del *gratis total* al ver que se consigue a costa de impuestos insufribles: Suecia ostenta el triste récord de presentar el tipo máximo de IRPF de la Unión Europea (56,61%).

Las promesas liberalizadoras de Fredrik Reinfeldt, el líder de la alianza de centro-derecha que ha ganado las elecciones, han sido: el establecimiento de tickets de copago de servicios públicos, la privatización de las grandes compañías de propiedad estatal, los incentivos para que los desempleados renuncien al subsidio y se pongan a trabajar, la disminución del control político de las universidades, dar libertad a los padres para que elijan guardería, favorecer alternativas privadas al sistema público y el cheque sanitario que permita elegir hospital.

Si la economía les va bien es, en buena medida, porque las grandes compañías suecas que triunfan en el mundo tienen la mayor parte de su negocio fuera del país. Resultan asombrosos los malabarismos del Estado sueco para conciliar las prestaciones sociales con el crecimiento económico. La propia Administración subcontrata servicios en otros países, porque los costes suecos son demasiado elevados, como es el caso de la campaña publicitaria de la Agencia Tributaria Sueca, que ha sido producida en Estonia.

Suecia fue demasiado lejos y el Gobierno español debería escarmentar en cabeza ajena y limitar tanta subvención a los servicios públicos. Por ejemplo, dar transporte gratuito con cargo a los presupuestos es una acción que no responde al bienestar imprescindible que debe procurar el Estado, sino que es un atraco legal para la finalidad espuria de ganar unas elecciones. La prioridad del Estado no es la promoción del bienestar público, sino el bien común, para lo cual, el Estado no tiene que ser necesariamente grande, sino eficiente en la vinculación ciudadana en las causas comunes. ¡Menos Estado y más sociedad!

## 'Verba volant, scripta manent'

Santiago Satrustegui  
Consejero delegado de Abante

Precisamente ayer, durante una reunión de trabajo, criticaba yo, en broma y por supuesto sin fundamento, a un socio y amigo por su capacidad de contradecirse a sí mismo. En lugar de negar, lo que evidentemente ni siquiera yo pensaba, su respuesta fue rápida, seca y letal como las estocadas de su tatarabuelo Gualterio Malatesta: "Por eso no escribo".

*Scripta manent* y cualquier hemeroteca se convierte en un arsenal en contra del autor, ya sea por vía de probar inconsistencias en su línea de pensamiento, o lo que es más habitual, porque el tiempo vaya demostrando el desierto de alguna de sus opiniones. Si no te mojas mucho se puede minimizar el riesgo, pero, en ese caso, también te puedes ahorrar el sacrificio de estrujarte la neurona porque, salvando contadas excepciones de gran capacidad literaria, el valor del producto será directamente proporcional al compromiso asumido. Escribir sobre la economía y los mercados financieros puede tener el riesgo para el que lo hace de inducirle a una perseveración mayor en las opiniones, por el hecho de haberlas plasmado en un papel, aunque muchas resulten erróneas. Precisamente por esto, el valor de lo escrito será mayor que el de aquello que sea simplemente comentado.

La ventaja estadística de la consistencia frente a la variabilidad de las opiniones está en que salvo grandes disparates, igual que los relojes parados dan bien la hora dos veces al día, de vez en cuando se puede demostrar que el análisis realizado hace tiempo es hoy totalmente correcto. La memoria del autor es selectiva y empezar un artículo diciendo "ya lo dije (escribí) yo" supone un confort moral muy difícil de rechazar.

Cuando los precios del petróleo empezaron a dispararse y se extendía el miedo al agotamiento inminente del oro líquido, mi teoría, negro sobre blanco, era que la humanidad no llegaría nunca a quemar todas las reservas de hidrocarburos. Había una razón de eficiencia económica, a partir de un precio aparecen energías de sustitución y aumentan las posibilidades de extracción, además de otra de índole ecológica, nuestra atmósfera no lo aguantaría. Mucho se ha discutido desde entonces sobre la elasticidad de la oferta y la sostenibilidad de la demanda, incluyendo el papel de China, y los mercados han reaccionado con un *boom* sin precedentes que ha afectado a prácticamente todas las materias primas.

## Elasticidad de la oferta

Verdaderamente curiosa resulta la elasticidad de la oferta del cobre, que, a cuatro euros el kilo en el mercado negro, ha disparado la actividad *extractora* de delincuentes habituales y de mafias organizadas que por el procedimiento de tirar del cable del alumbrado público con vehículo arrancan metros y metros, a la vez que generan tremendos apagones.

Vemos que un incremento excesivo de un precio como el que se ha producido en el cable de cobre puede implicar costes adicionales para la utilización de un material como

son, en este caso, las medidas de seguridad a incorporar tanto en el almacenamiento como en la instalación. Mucho más trascendente para el mundo es el impacto de los precios del petróleo, y no precisamente en términos económicos, que también, sino por sus repercusiones geopolíticas.

La estabilidad mundial exige energías alternativas. Cada vez que un occidental llena el depósito de gasolina o enciende la calefacción tiene que saber que una fracción del flujo económico que genera terminará financiando el terrorismo o, lo que es indirectamente lo mismo, alguna dictadura antisistema de las que forman el bloque de países aliñados contra Estados Unidos.

## Energías alternativas

El petróleo está bajando, espero que, entre otras razones, porque, al final, el pueblo es sabio (*wisdom of crowds*) y absurdas reacciones como las que hemos tenido que soportar frente a unas declaraciones totalmente acertadas del Papa criticando la violencia, o declaraciones de malo de película de *James Bond* como las que hizo esta semana el presidente de la República Bolivariana de Venezuela en la sede de la ONU, terminarán por convencernos de que, en el siglo XXI, el mundo sólo podrá funcionar con energía nuclear bien organizada.

Resulta paradójico pensar que todo el problema de Irán y sus proyectos atómicos no se estaría produciendo si los que hubieran montado suficientes centrales nucleares en sus países hubiesen sido, cuando debieron, los americanos y los europeos.

Mientras algunas burbujas energéticas como la del gas natural empiezan a estallar llevándose por delante algún que otro *hedge fund* altamente especulativo, el precio del uranio, otra materia prima, no ha tenido ningún mes de retroceso desde el año 2003 y, desde entonces, su cotización se ha multiplicado por ocho.

El cambio del modelo energético me parece la decisión más trascendente que en estos momentos tiene que tomar el mundo desarrollado, pero la falta de líderes políticos mundiales con capacidad de mirar un poco más allá de las encuestas electorales no nos permite romper el círculo vicioso.

A principios del siglo XIX, Malthus predijo que la humanidad crecería por encima del incremento posible de la cantidad de alimentos (crecimiento exponencial contra lineal decía), pero doscientos años después sabemos que no ha sido así. La historia demuestra que, en su conjunto, el mundo tiende hacia un orden cada vez más eficiente, aunque tengamos que pasar por situaciones como la actual, donde nos cuesta mucho entender porque nos autoconsideramos seres 'inteligentes'.

En *La inteligencia fracasada*, José Antonio Marina propone complementar la definición tradicional de inteligencia basada en la descripción de las capacidades cognitivas con la capacidad fundamental de elegir correctamente los fines. Un mundo organizado y en paz seguro que sería el mejor objetivo.